

ó disperso, y que en el primer caso convenía estar prontos á recibirle y en el segundo á anonadarle.

Por consecuencia su deber era marchar como si á cada momento hubieran de entrar en combate. Mas no hicieron nada de esto, y ni aun se pusieron acordes relativamente á la determinación de dar batalla, si la necesidad ó al menos la conveniencia se lo ofrecía. Únicamente se convino en que, dirigiéndose el general Dorsenne por la derecha sobre Ciudad Rodrigo, introduciría allí el convoy, y en que, avanzando el mariscal Marmont por la izquierda con su caballería ejecutaría un fuerte reconocimiento sobre Fuente Aguinaldo y Espeja. No habiendo aún llegado la infantería del ejército de Portugal, prestó el general Dorsenne al mariscal Marmont la división de Thiebault para que se sirviese de ella en caso necesario. Empezóse, pues, la marcha antes de que todo el ejército estuviese junto y en disposición de recibir al enemigo, si llegaba á presentarse. A la verdad era poco probable que quisieran combatir los ingleses, pues en este momento su posición junto al Águeda no era buena, pero, cualquiera que ésta fuese, no convenía aproximarse tanto á ellos, sin estar nosotros en aptitud de aprovecharnos de las eventualidades propicias y de hacer frente á las adversas.

Con esta especie de desbarajuste avanzaron á Ciudad Rodrigo nuestras tropas, y el 23 de septiembre tuvieron la satisfacción de meter allí un gran convoy de víveres sin disparar un tiro. Logrado este objeto, los dos generales habían desempeñado sin duda su principal tarea, pero anhelaban saber qué era de los ingleses, y el mariscal Marmont, declinando á la izquierda, resolvió ejecutar el reconocimiento proyectado. Avanzando con su caballería, que aun mandaba el bizarro general Montbrún, descubrió la división ligera de Crawford, dividida en dos brigadas y muy distantes una de otra, y en estado tal que fuera fácil destruirlas sucesivamente, cargándolas con una fuerte vanguardia. Además lord Wellington, con un ejército mal reunido, privado de una de sus divisiones, fuera de los lugares escogidos donde le gustaba la pelea, probablemente quedara vencido, si acudiera en ayuda de las dos brigadas de Crawford, y una vez derrotado, quizá destruido.

Desgraciadamente, no teniendo más que la caballería, nada se pudo llevar á cabo. Sobre la infantería inglesa se lanzó el mariscal Marmont con su vigor acostumbrado, arrollóla aunque estaba bien situada, la quitó cuatro piezas de artillería, pero no pudo conservarlas, pues llevando un batallón tan solo, cuando le cayó encima la infantería, ya rehecha, no pudo resistirla. Presente el mariscal Marmont en esta jornada, pedía á voz en grito la división de Thiebault que le fué destinada; pero el general Dorsenne, de carácter mal contentadizo y preocupado de sí propio, aunque por lo demás oficial muy valiente, por mala voluntad ó por falta de espacio, no hizo llegar esta división, sino cuando ya no era de provecho. Efectivamente cuando se presentó en aquel punto, las brigadas inglesas, rehechas y unidas, se hallaban ya fuera de alcance.

Al día siguiente toda la infantería del ejército se hallaba en línea, pero los ingleses estaban en plena retirada, y llevaban bastante delantera para que fuera posible darles alcance, á lo menos en una sola marcha; y vino á quedar de manifiesto que, si se les atacara en el orden

conveniente el día antes, se les destruyera acaso. Aun era operación practicable la de seguirlos, alcanzarlos y batirlos, si los soldados llevaran víveres para tres ó cuatro días. No los llevaban, y fué forzoso volver atrás, con la única satisfacción de haber avituallado á Ciudad Rodrigo, y el amargo sentimiento de haber dejado escapar al ejército inglés en ocasión en que fuera posible abrumarle. Así la irreflexión del principal de nuestros jefes, la falta de concurrencia del otro proporcionaron al feliz lord Wellington una nueva fortuna, le libraron de un peligro inmenso, y nos hicieron perder la coyuntura de destruir á un enemigo peligroso, coyuntura que más de una vez se presentó en vano. Esta era una nueva prueba entre otras muchas de los inconvenientes anejos á la falta de unidad en el mando, y á la imposibilidad de suplir esta falta de unidad con la autoridad de Napoleón ejercida á la distancia de París á Madrid.

Persistiendo Napoleón en creer, según se ha visto, que bastaba con la reserva enviada recientemente para las necesidades de la guerra de España, con tal de que se emplease bien durante el otoño y el invierno, después de lo cual sería posible retirar de allí la guardia imperial por la primavera, quería que las operaciones importantes comenzaran por septiembre. A sus ojos la primera de todas era la ocupación de Valencia, y por considerar como camino hacia esta conquista la de Tarragona, había recibido la última proeza de Suchet con tanto agrado y remunerándole tan espléndidamente. De consiguiente previno á este mariscal que se pusiera en movimiento á más tardar para el 15 de septiembre, prometiéndole después que estuviera en camino un fuerte apoyo á sus espaldas, ya por parte del general Decaén, que había relevado al mariscal Macdonald en Cataluña y se hallaba desembarazado de Figueras, ya por parte del general Reille, jefe en Navarra, y que iba á recibir dos divisiones de la reserva. Tomada Valencia, lisonjébase Napoleón de que el mariscal Suchet extendería su acción hasta Granada; de que el ejército de Andalucía podría entonces trasladarse casi entero hacia Extremadura, de que reuniéndose por lo menos la mitad de este ejército al de Portugal, fuerte ya otra vez de cincuenta mil hombres con el ingreso de los heridos, enfermos y destacados, se podría penetrar con setenta mil hombres en el Alentejo, mientras el ejército del Norte, ya reforzado con las dos divisiones de la reserva, descendería por su parte sobre el Tajo por el camino que había seguido Massena, é iría á incorporarse á estos setenta mil hombres. No desesperaba Napoleón de empujar entonces vivamente á los ingleses y de arrastrarlos muy cerca del precipicio que tenían detrás de ellos, obstinándose en permanecer en Lisboa. Hasta esperaba aún, aspirando á tan vastos resultados, poder retirar su joven guardia, si bien á condición de reemplazarla por medio de los cuartos batallones de Drouet, vueltos á llevar á Bayona y completados ya con los quintos de 1811 y 1812, lo cual debería compensar, al menos con referencia al número, la partida de los regimientos de la guardia. Por las resultas se va á juzgar si este gran genio, asombroso en todo, podía prescindir de ver las cosas de cerca para avalorarlas juiciosamente.

No se inclinaba menos Suchet que Napoleón á la conquista de Valencia. Pero de los cuarenta mil hombres útiles que poseía de los sesenta mil que formaban

el nominal efectivo, había perdido cuatro ó cinco mil tanto en el sitio de Tarragona como en las operaciones subsiguientes, y de los treinta y cinco mil restantes necesitaba destacar doce ó trece mil cuando menos para custodiar á Aragón y la baja Cataluña. No podía, pues, emprender la marcha con más de veintidós ó veintitrés mil hombres, y eran muy pocos para dar cima á la conquista de Valencia. Se había adelantado ya hasta las puertas de esta gran ciudad y pudo juzgar de lo arduo de la empresa, pues había que tomar de paso á Peñíscola, Oropesa, Sagunto, y que ocupar después á Valencia á viva fuerza, á Valencia defendida por todo el ejército de los valencianos, por el de los insurgentes de Murcia, y hasta por el ejército de Blake, que se componía de las dos divisiones de Zayas y de Lardizábal, llevadas el mes anterior de las orillas del Albuera á Granada. Sin embargo, cualesquiera que fuesen las dificultades, el mariscal Suchet abrazó su partido: dejó una división entre Lérida, Tarragona y Tortosa á las órdenes del general Frere, para guardar la baja Cataluña; otra junto al Ebro á las órdenes del general Meunier, para guardar á Aragón, y marchó con veintidós mil hombres sobre Valencia. Según su costumbre, esmeróse en acopiar á su espalda municiones de boca y guerra. Su gran depósito fué Tortosa junto á la embocadura del Ebro. Allí juntó, después de repararlo, el parque de sitio de que se sirvió en Tarragona; allí formó vastos almacenes, abastecidos con excelentes trigos de Aragón por catorce barcas bien escoltadas, que iban y venían por el Ebro de Mequinenza á Tortosa: allí se debía ir á tomar las municiones de guerra y de boca, siguiendo el camino á lo largo del mar desde Tortosa hasta Valencia. Por lo que hace á la carne, cada regimiento debía transportarla, llevando consigo un rebaño de carneros.

Tomadas estas precauciones, el mariscal Suchet partió el 15 de septiembre de 1811 para Valencia, marchando en tres columnas. Con la principal de ellas, compuesta de la división de infantería de Habert, de la brigada de Robert, de la caballería y de la artillería, siguió el camino real de Tortosa á Valencia: con la división italiana de Palombini tomó á la derecha por las montañas de Morella á San Mateo; y con la división francesa de Harispe á través de las montañas de Teruel más á la derecha. Después de barrer de contrarios estos diversos caminos, debían operar su unión delante de Murviedro, á la entrada de la hermosa llanura, que lleva el nombre de Huerta de Valencia.

No encontró el ejército obstáculo formal en ninguna parte, y ahuyentó por delante á cuantos corredores infestaban el territorio. Siguiendo la principal columna el camino real de Tortosa, tuvo que vencer sola diversas dificultades, como las de los castillos de Peñíscola y de Oropesa, que dominan á la vez el mar y la calzada. Respecto del castillo de Peñíscola, como forma hacia el mar la punta saliente, y se halla á alguna distancia del camino, limitóse á repeler hacia el recinto á la guarnición, que intentó una salida, y siguió adelante, dejando un destacamento para ocupar el paso. No se podía proceder de igual modo delante de Oropesa, que batía á la vez la rada y el camino. Para evitarlo, se dió un rodeo de dos ó tres leguas, difícil para la artillería de campaña, é imposible para la artillería de sitio. Pero como ésta se había dejado en Tortosa, con el proyecto de hacerla

venir cuando se estuviera en posesión de la llanura de Valencia, se resolvió continuar la marcha, sin perjuicio de enviar después algunos batallones sobre Oropesa, para abrir el camino real al parque de sitio.

Ya el 20 de septiembre se hallaron juntas las tres columnas en las cercanías de Castellón de la Plana. Al paso del Mijares, torrente que baja de las montañas al mar, hallaron el 21 algunos centenares de españoles. Los ahuyentaron los dragones, y el 22 llegaron á la entrada de esa magnífica llanura semicircular de Valencia, cuya circunferencia está formada por vistosas montañas, cuyo centro, cruzado por numerosos canales, sembrado de palmeras, de olivos, de naranjos, se halla cubierto de abundosos cultivos, y cuyo diámetro está formado por un mar resplandeciente, á cuya orilla se alza Valencia con sus numerosas torres. Entrando allí por el Norte (con efecto el ejército bajaba del Norte al Mediodía), el primer obstáculo que se ofrecía era la ciudad de Murviedro, población abierta, pero edificada al pie de la roca donde existió la antigua Sagunto, y donde quedaba un castillo, compuesto de una mezcla de construcciones romanas, árabes y españolas. Tres mil hombres con víveres y municiones ocupaban este castillo, y no se les podía dejar á la espalda, yendo á embestir á Valencia, defendida por un ejército completo. Efectivamente, el general Blake se acababa de juntar á los valencianos con las dos divisiones de Zayas y de Lardizábal.

Llegado el día 23 hizo el mariscal Suchet que el general Habert ocupara la ciudad de Murviedro, lo cual no fué muy difícil, aunque la guarnición bajara de su guarida para salvar la ciudad situada á sus plantas. Se hizo dueño de Murviedro, y á pesar del fuego vivísimo del castillo, se estableció en las casas que le daban frente, barreándolas, almenándolas y obligando así por todas partes á la guarnición á encerrarse en su reducto, pero no se podía ir allí en su busca, porque era casi inaccesible.

Después de examinar atentamente este castillo, tan incómodo para el ejército, hallóse que era inabordable por todas partes, salvo una, la del Oeste, por donde se unía á las montañas que forman el contorno de la llanura de Valencia. Por este lado conducía á las primeras obras una pendiente bastante suave. Estas obras consistían en una torre alta y sólida, que obstruía la roca larga y estrecha sobre la cual se halla edificada la fortaleza, y que se enlazaba á las otras torres que componían el recinto por fuertes murallas. Largo y mortífero pareció el plan de avanzar con aproches regulares sobre este terreno enteramente escueto, donde no había medio de cubrirse más que con sacos de tierra, y adonde debía costar sumo trabajo que subiera la artillería de grueso calibre. Se tenía extremada confianza en las tropas, que habían dado tantos asaltos extraordinarios, y resolvióse improvisar el ataque por medio de la escalada. A la media noche del 28 de septiembre, dos columnas de trescientos hombres escogidos, armados de escalas, sostenidos por reservas, se aproximaron á la fortaleza, escogiendo el punto por donde parecía más fácil su escalamiento. Por una singular coincidencia la guarnición había elegido aquella misma noche para efectuar una salida. Se la rechazó vigorosamente, pero estaba alerta, y no era ocasión de intentar sorprenderla. Por desgracia las columnas de asalto se hallaban en movimiento,

llenas de un ardor difícil de contener, y en medio de la confusión de una salida rechazada, no fué posible enviarlas contraorden. Sus escalas plantó la primera y tentó osadamente trepar á lo alto de los muros: pero no alcanzaban las escalas, ni había bastantes, y además la tentativa era conocida por el enemigo, de manera que, donde remataba cada escala, había hombres furiosos, disparando á quemarropa, y derribando á golpes de pica y de hacha á los asaltadores bastante atrevidos para intentar transponer los muros. Imposible fué de consiguiendo la escalada. Habiéndose obstinado la segunda columna en renovar el ataque, fué repelida de igual modo, y esta tentativa azarosa, ideada para ahorrar tiempo y sangre, nos costó cerca de trescientos hombres muertos ó heridos sin ningún fruto.

Muy afligido el mariscal Suchet por este descalabro, se vió de resultas en la necesidad de volver á las vías ordinarias. Indispensable parecía un sitio en regla para señorear la roca de Sagunto. A algunos ocurría como preferible cubrir este obstáculo con un simple destacamento, y marchar sobre Valencia; pero, habiendo ya descuidado el mariscal á Peñíscola y Orópesa, no se atrevió á dejar á la espalda un tercer puesto cerrado, que contenía una guarnición de tres mil hombres, y quiso poseerlo antes de llevar más adelante sus operaciones.

Había que mandar traer de Tortosa la artillería de grueso calibre de sitio, y que tomar con este fin á Orópesa, que interceptaba el camino del todo. Por consiguiente, se dispuso que el general Compere se trasladara con los napolitanos en número de mil quinientos hombres delante de Orópesa, y que se dirigiera á este punto desde Tortosa el convoy de la artillería de grueso calibre. Guiados los napolitanos por soldados franceses del arma de ingenieros comenzaron los trabajos de aproche, y adelantaron con mucho ardor y gran intrepidez en ellos. Ya el 9 de octubre pudieron establecer la artillería de brecha, armarla con algunas piezas de grueso calibre, y abrirse una entrada en la principal torre de Orópesa. No queriendo arrostrar la escasa guarnición que la guardaba las eventualidades del asalto, rindióse el 10 de octubre. Allí se encontraron algunas municiones, se estableció un puesto, y se pudo llevar sin obstáculo hasta el campo, debajo de Murviedro, el parque de la artillería gruesa.

Vueltos al ejército, del cual se habían alejado con licencia temporal algunos días, los generales Valée y Rogniat, fijaron el plan de ataque contra el castillo de Sagunto. Decidieron que fuera embestido por el Oeste, es decir, por las cuestas que lo unen á las montañas. Se necesitaba abrir la trinchera en un terreno muy duro y á las veces en roca viva, empleando la mina al efecto, y caminar hacia un grupo de murallas y de altas torres tan dominantes, que desde lo alto de ellas se nos abrumbaba terriblemente, dejándonos cada día treinta ó cuarenta hombres fuera de combate. Además todo había que llevarlo á la tal altura, hasta los escombros que llenaban nuestros sacos de tierra, lo cual nos impedía dar á nuestros espolones el espesor que era de desear, otro inconveniente grave, pues no ofrecían más que un abrigo muy insuficiente. Mientras se llevaban á cabo estos trabajos penosos, los jefes de partidas, que infestaban las montañas de Teruel, de Calatayud, de Cuenca, si-

tuadas entre la provincia de Aragón y la de Valencia, se movían más activamente que nunca, atacaban nuestros puestos, nos quitaban nuestros ganados, y no se podía diferir el envío de columnas hacia la espalda para reprimir su osadía.

Impaciente por superar el molesto obstáculo que le detenía, anhelaba el ejército que se le permitiese el asalto tan luego como fuera posible. Nada se deseaba con más vehemencia, pero el establecimiento de baterías bajo el continuo fuego de los españoles, había costado penas infinitas y pérdidas sensibles, y no se pudo batir en brecha hasta el 17 de octubre. Nuestra artillería, hábilmente dirigida, destruyó los primeros revestimientos. Pero en el exterior de las murallas se hallaban antiguas mamposterías duras como peñas, y los españoles, animados de una energía que apenas les habíamos visto en Tarragona, presentándose al descubierto ante el fuego de la artillería de brecha, apuntaban á nuestros artilleros, los derribaban hombre á hombre, y entibiaban nuestros esfuerzos.

Por último, el 18 por la tarde fué declarada practicable la brecha, aunque presentaba un escarpe difícil de transponer todavía, y se dispuso el asalto. En pie los españoles sobre la brecha, y sobre la cima de la torre, en que había sido practicada, se hallaban armados de fusiles y de hachas y lanzaban gritos feroces. Con cuatrocientos hombres escogidos y sacados de los regimientos 5.º de ligeros, 114 y 117 de línea y de la división italiana, se adelantó el coronel Matís osadamente bajo un violentísimo fuego. A pesar de la audacia de los asaltadores, tan escarpada estaba la brecha y tan vivo era el fuego de la fusilería que fueron derribados los soldados que intentaron trepar por aquellos escombros, y fué menester renunciar á la tentativa después de una nueva pérdida de doscientos hombres muertos ó heridos. Así esta aciaga ciudadela de Sagunto, contando la primera escalada fallida y las pérdidas experimentadas durante los trabajos, nos costaba ya de setecientos á ochocientos hombres sin fruto alguno. Asistiendo á este espectáculo el ejército valenciano desde el centro de la llanura, sentía aumentarse de hora en hora la confianza en sus murallas propias, y después de haber visto fracasar los esfuerzos del mariscal Moncey contra Valencia en 1808, y los del general Suchet en 1810, se lisonjaba de que lo mismo resultaría de la tentativa de ahora.

Sobre este ejército tan lleno de alborozo pensaba el mariscal Suchet descargar su venganza: yendo á batirle á todo trance esperaba reparar los descalabros que le había hecho sufrir la obstinadísima guarnición de Sagunto. Con efecto discurría que, si lograba batir al ejército valenciano en campo raso, se desalentaría la tropa que defendía aquel castillo, y quizá tomaría á la vez á Sagunto y Valencia por el solo influjo de los efectos morales. Mas para encontrar al ejército enemigo no hubiera querido desviarse mucho de Sagunto, ni acercarse demasiado á Valencia, y trataba de descubrir un terreno por donde le pudiera salir al frente, cuando el mismo general Blake vino á ofrecerle la ocasión que apetecía.

Si nos había causado pérdidas la guarnición de Sagunto, también las había experimentado: ya tocaban á su término sus fuerzas morales, deseaba ser socorrida, y lo pedía por señales hechas á los barcos que cruzaban

á lo largo de la playa. No menos de treinta mil hombres que presentar en línea contaba el general Blake, incluso las divisiones de Zayas y de Lardizábal, las mejores de España. Se le unieron además los murcianos á las órdenes del general Mahy y el bizarro guerrillero Villacampa.

De consiguiente avanzó por medio de la llanura, alejándose de Valencia y aproximándose á Sagunto, en ademán de un caudillo dispuesto á presentar batalla. Vivo gozo sintió el mariscal Suchet y se aprestó asimismo á la pelea. Ambos ejércitos se hallaron uno enfrente de otro el 25 de octubre por la mañana.

Situóse el general Blake á la derecha, más allá de un barranco llamado del Picador y á lo largo del mar la división de Zayas, á quien debía apoyar con sus fuegos la escuadrilla española: en el centro la división de Lardizábal con toda la caballería de los españoles á las órdenes del general Caro, á su izquierda la división valenciana de Miranda, la del guerrillero Villacampa, y últimamente y más á la izquierda la división de Mahy, con el designio de rebasarnos por las montañas. Según acabamos de indicar, debía tener alrededor de treinta mil hombres, tan buenos como á la sazón los podía suministrar España. Los demás habían quedado en custodia de Valencia.

No contaba el mariscal Suchet con más de diez y siete ó diez y ocho mil soldados, obligado como estaba á dejar alguna gente delante de Sagunto; pero estos diez y siete ó diez y ocho mil hombres suplían ampliamente la falta de número con su denuedo. A su izquierda á la parte del mar situó á la división de Habert enfrente de la de Zayas; en el centro opuso la división de Harispe, la división italiana de Palombini, el 4.º de húsares, el 33 de coraceros, el 24 de dragones á la división de Lardizábal: últimamente hacia la izquierda, en el desemboque de las montañas, encargó á las brigadas de Robert y Chlopiski, y á los dragones italianos de Napoleón, que hicieran frente á las tropas de Miranda, de Villacampa y de Mahy, las cuales amenazaban cortarnos por el camino de Tortosa, nuestro único punto de retirada. Nuestras compañías de ingenieros, con la infantería napolitana, debían proseguir batiendo los muros de Sagunto mientras durase la batalla.

Efectivamente, no bien asomó la aurora comenzaron el cañoneo las tropas empleadas en el sitio, ínterin el ejército del general Blake se movía en toda su línea, adelantándose hacia la nuestra. En este momento el mariscal Suchet recorría el campo de batalla con un escuadrón del 4.º de húsares, cuando á la parte del centro descubrió á los españoles de Lardizábal avanzando con orden y aplomo hacia una loma, que podía servir de punto de apoyo á toda nuestra línea. Al descubrirlo mandó que la división de Harispe corriera allí á toda prisa, y como los españoles nos llevaban la delantera, lanzó en contra de ellos los húsares para que atajaran su movimiento. Aunque los húsares atacaron con grande brío, fueron rechazados por los españoles, quienes prepararon bravamente á la loma y se establecieron en su cima.

Llegando el general Harispe cuando ya estaba ocupada la loma, no se turbó por ello, antes bien siguió adelante á la cabeza del 7.º de línea formado en columnas por batallón, dejando en reserva el 117 de línea

con el 3.º del Vístula. Los españoles hicieron un fuego extremadamente vivo, y sostuvieron el choque con más firmeza que de costumbre. Pero el 7.º de línea los acometió á la bayoneta y los puso en fuga. De seguida toda la división de Harispe se desplegó delante de la división de Lardizábal, que se detuvo mientras las dos alas del ejército español continuaron ganando terreno. Inmediatamente resolvió Suchet aprovecharse de esta situación para cortar al ejército español por el centro; de consiguiente hizo avanzar á la división de Harispe, y moderó por el contrario el movimiento de la división de Habert á su izquierda, y el de las brigadas de Robert y Chlopiski á su derecha. Mientras estas órdenes eran ejecutadas, habiendo llevado hacia adelante el comandante del escuadrón de artilleros Duchanet con mucha audacia toda la artillería de la división de Harispe, á fin de disparar á metralla contra la infantería de Lardizábal, fué atacado por toda la caballería del general Caro. También fueron repelidos los húsares que trataron de sostenerle y muchas de nuestras piezas quedaron en poder de los españoles, quienes, poco acostumbrados á cogérselas, prorrumpieron en gritos de alborozo. A la misma hora marchó toda la infantería de Lardizábal en contra nuestra con extremada confianza; pero el regimiento 116, enviado á su encuentro, detuvo con su aplomo á la caballería del general Caro, y luego el bravo 33 de coraceros, lanzado á toda rienda por el general Broussard sobre la infantería española, rompió por medio de ella á sablazos. Desde este instante, cortado por la mitad el centro del enemigo, vióse obligado á declararse en retirada. No solamente se recuperó la artillería francesa, sino que se tomó parte de la artillería española, y se cogieron muchos prisioneros, y especialmente al mismo general Caro.

Brevemente las dos alas del ejército, retenidas al principio, llevadas luego por el mariscal Suchet adelante, pues aunque acababa de ser herido en un hombro no abandonó el campo de batalla, se hallaron en línea en el centro. Opuesto el general Habert á la división de Zayas, empujóla del primer choque al pueblo de Puzol, la rechazó después hacia las alturas de Puig, de las cuales se apoderó á la bayoneta, mientras enlazando el coronel Delort la izquierda con el centro, cargaba al frente del 24 de dragones á los restos de la infantería de Lardizábal. A la derecha los generales Robert y Chlopiski repelían á las tropas de Mahy, á las cuales acabaron de poner en derrota los dragones italianos de Napoleón á impulsos de una carga vigorosa.

Destrozados así en todos los puntos, se retiraron desordenadamente los españoles, dejando en nuestras manos doce bocas de fuego, cuatro mil setecientos prisioneros, unos mil muertos y cuatro banderas. Esta lucha, más viva que lo eran comunmente los combates en campo raso contra los españoles, costónos alrededor de setecientos hombres entre muertos y heridos. El resultado más importante consistía en haber abatido la fuerza moral del ejército valenciano, desalentado á la guarnición de Sagunto, y destruido la orgullosa confianza que los habitantes de Valencia tenían en sus murallas.

Después de recoger el mariscal los trofeos de esta jornada, hizo que se intimara la rendición al castillo de Sagunto, á quien la derrota del ejército español arreba-

taba toda esperanza de socorro. Efectivamente consintió en capitular y nos entregó dos mil quinientos prisioneros, resto de la guarnición de tres mil hombres, que al principio de la defensa ocupaba el castillo. Este primer resultado de la batalla de Sagunto causó una viva satisfacción al mariscal Suchet, que se veía así dueño de la llanura de Valencia con el sólido punto de apoyo que acababa de adquirir en ella, y que tenía además en la ciudad de Murviedro un abrigo seguro para su artillería de sitio, sus enfermos y sus municiones. Poseyendo además en el camino real de Tortosa el fuerte de Oropesa, que sólo tenía acción sobre la calzada, el de Peñíscola que sólo sobre el mar la tenía, se hallaba del todo tranquilo en punto á su línea de comunicación hasta el Ebro.

Sin embargo, no veía la hora de desembarazarse de sus prisioneros que, en número de siete ú ocho mil, le incomodaban mucho: no tenía menos anhelo por limpiar el territorio que dejaba á la espalda, pues las partidas se habían aprovechado de su ausencia para asaltar el círculo entero de las fronteras de Aragón. El Empecinado y Durán, reemplazando á Villacampa, habían forzado á la guarnición de Calatayud á rendirse; Mina, saliendo de Navarra, aunque perseguido por muchas columnas, había copado un batallón entero de italianos; y los catalanes, recuperando á Montserrat, habían hecho difícilísima la posición de la división de Frere, encargada de velar sobre Lérida, Tarragona y Tortosa. El mariscal ordenó diversos movimientos á retaguardia, encaminó sus prisioneros á los Pirineos bajo la escolta de una fuerte brigada y despachó correos detrás de correos á París para dar á conocer la situación en que se hallaba, y la necesidad que tenía de ser socorrido al instante.

Le faltaba pasar el Guadalaviar, riachuelo torrenoso, á orillas del cual está situada Valencia, para embestir esta vasta ciudad que se hallaba ocupada por un ejército numeroso, y que, independientemente de su antiguo recinto, estaba además protegida por una línea continua de trincheras de tierra, todas erizadas de artillería y formando un vasto campo atrincherado. A estas defensas se añadían los innumerables canales de riego, anchos, hondos, llenos de agua corriente, que formaban la riqueza de Valencia durante la paz y su seguridad durante la guerra. Obstáculos eran estos difíciles de superar y contra los cuales los diez y siete mil hombres que conservaba el mariscal, después de desprenderse de la brigada enviada á escoltar á los prisioneros, no eran una fuerza suficiente.

Ínterin le llegaban los socorros que había pedido, y que se le podían enviar de Navarra, empleó Suchet el mes de noviembre en estrechar á Valencia, trasladándose á las márgenes del Guadalaviar. Por la izquierda hizo avanzar la división de Harispe hasta el Grao, puerto de Valencia, y ordenó la construcción de tres reductos cerrados para que sirvieran á esta división de apoyo. Hacia el centro hizo tomar el arrabal de Serranos, á pesar de la vivísima resistencia de los españoles que lo defendieron palmo á palmo. Este arrabal se halla separado por el Guadalaviar de la ciudad misma. Por medio de la zapa y la mina se introdujeron los sitiadores en tres grandes conventos que lo dominaban, y así pudieron señorearlo. Remontándose hacia la derecha á lo

largo del Guadalaviar, se ocuparon todos los lugares que se encuentran á la izquierda de este río, que era la que ocupábamos, y nos fortificamos en ellos. De esta suerte se había creado una larga línea de circunvalación desde el mar hasta más arriba de Valencia, y para cercar la ciudad por completo, sólo faltaba cruzar el Guadalaviar delante del general Blake, forzar los canales que surcaban la llanura, y encerrar dentro del mismo recinto al ejército de socorro. El mariscal retardaba esta operación, que no era la postrera, pues luego había que tomar el campo atrincherado y el antiguo recinto, hasta la llegada de los socorros que se le habían prometido y se le anunciaban como muy cercanos.

Efectivamente, al saber Napoleón la noticia de la batalla de Sagunto, creyó concentrados en torno de Valencia todos los asuntos de España, y enlazado el destino de la Península hasta cierto punto con la toma de esta ciudad importante. Verdad es que, sucediendo su conquista, vanamente intentada por nuestros ataques durante muchos años, á la de Tarragona, debía producir en la Península un efecto moral casi tan grande como el que pudiera causar la conquista de Cádiz, no comparable, sin embargo, al que resultara de la ocupación de Lisboa, pues esta última suponía la ruina de los ingleses. Así Napoleón quiso que todo se subordinara y casi se sacrificara á este objeto de tanta monta.

Por despacho de 20 de noviembre prescribió al general Reille que abandonara inmediatamente la Navarra, por urgente que fuera oponerse allí á Mina, y entrara en Aragón con las dos divisiones de reserva que tenía bajo su mando; al general Cafarelli que reemplazara en Navarra al general Reille para perseguir á Mina á todo trance; al general Dorsenne que supliera en Vizcaya al general Cafarelli; á José que se privara de una división para hacerla avanzar sobre Cuenca; á Marmont, distante como estaba de Valencia, que destacara á las órdenes del general Montbrún una división de infantería y otra de caballería que fueran á unirse por Cuenca á la que José enviase; y finalmente al mariscal Soult que llevara un cuerpo de ejército hasta Murcia.

A todos escribió, y era cierto aunque exagerado, que los ingleses tenían un inmenso número de enfermos, diez y ocho mil, según su dicho, incapaces de emprender cosa alguna; que sin peligro se podían desguarnecer las Castillas, Extremadura y Andalucía; que Valencia era á la sazón el único punto de importancia; que tomada esta ciudad quedarían disponibles una porción de tropas, y más tarde podrían ser trasladadas del Este al Oeste, para atacar vigorosamente á los ingleses, todas las fuerzas que ahora se hicieran afluir sobre Valencia.

Expresadas estas órdenes con exactitud suma (1) y formas de mando muy imperiosas, dirigidas además á lugartenientes que, por rareza, se prestaban de muy buen grado á socorrer á sus vecinos, fueron ejecutadas mejor que de costumbre, y por una especie de fatalidad inherente á los asuntos de España, esta puntualidad en obedecer se obtuvo cuando no era deseable, pues el general Reille hubiera bastado para poner al mariscal Suchet en aptitud de dar cima á su empresa, y las fuer-

(1) Escribo teniendo á la vista las cartas emanadas del mismo Napoleón, lo cual no era frecuente un año hacía por haber encargado al mayor general Berthier de la correspondencia con España. (N. del A.)

zas que se aprestaban á abandonar inútilmente sus posiciones, iban muy pronto á hacer falta en otra parte. Sea como quiera, el general Reille, que ya había hecho avanzar á Aragón á la división de Severoli para contener á las partidas, siguió el mismo rumbo con una división francesa, y al frente de ambas marchó por el camino de Teruel á Valencia. El general Cafarelli le reemplazó en Navarra. José, que tenía mucho empeño en la conquista de Valencia, se privó sin vacilar de parte del ejército del centro, y dirigió la división de d'Armagnac hacia Cuenca. El mariscal Marmont, que se hastiaba de su inacción junto al Tajo y hubiera querido marchar personalmente sobre Valencia, no autorizado para efectuarlo, envió allí, no sin sentimiento, al general Montbrún con dos divisiones, una de infantería y otra de caballería. El mariscal Soult respondió que desde el fondo de Andalucía no podía socorrer al mariscal Suchet en el reino de Valencia, y tenía razón, y procediendo en consecuencia no envió nada.

Sucesivamente vió llegar el afortunado mariscal Suchet más socorros que había pedido, y hacia los últimos días de diciembre supo que el general Reille, oficial tan entendido como vigoroso, se aproximaba á Segorbe con la división italiana de Severoli, y con una división francesa compuesta de los mejores regimientos del antiguo ejército de Nápoles. Su fuerza total ascendía á catorce ó quince mil hombres y á cuarenta bocas de fuego. Después de pasarles personalmente revista el 24 de diciembre en Segorbe, volvió bajo los muros de Valencia y resolvió cruzar inmediatamente el Guadalaviar, para completar la acometida á la ciudad antes de que el general Blake pudiera salir de ella, ó atraer, si no salía, á una nueva división del general Freire, que se susurraba haber aparecido por aquellos contornos. Para el 26 de diciembre fijó la ejecución de este proyecto, lo cual debía permitir al general Reille ocupar á tiempo la orilla izquierda del río, que iba á ser abandonada, y apoyar el fin de la operación.

Efectivamente el 26 de diciembre, mientras parte de la división de Habert cubría el arrabal de Serranos, trasladándose el resto á la izquierda, pasaba el río hacia su embocadura, acababa de desplegarse en torno de Valencia, á la cual envolvía por el lado del mar, y tomaba posición frente por frente de una altura denominada el monte Olivete. En el centro y algo más arriba de Valencia, entrando en el agua hasta la cintura los italianos de la división de Palombini, vadeaban el Guadalaviar, y bajo el más vivo fuego atacaban la villa de Mislata, fuertemente defendida, y sobre todo resguardada por un hondo canal de más difícil paso que el mismo río. Este canal es el que los habitantes llaman *Acequia de Favara*. Para apoyar este movimiento y envolver enteramente á Valencia, cruzó el general Harispe el Guadalaviar con su división por más arriba del lugar de Manises, punto donde se hallan establecidas las presas de agua para torcer el curso del Guadalaviar con objeto de derramarlo por mil canales en la llanura de Valencia. Había calculado el mariscal Suchet que, evitando así el general Harispe el obstáculo de los canales, podría cercar más rápidamente á Valencia y llegar á embestirla por la parte del Sur.

Algo se retardó el movimiento del general Harispe, porque aguardaba la llegada del general Reille, no que-

riendo dejar á las escasas tropas que habían quedado á la orilla izquierda del Guadalaviar sin apoyo. Efectivamente, de no dárselo, el general Blake, á quien se iba á bloquear á la derecha, se hubiera podido salvar por la orilla izquierda, arrollando los débiles destacamentos que encontrara. Tan luego como se vió asomar la cabeza de las tropas del general Reille, que llegaban extenuadas de fatiga, avanzó el general Harispe, se apoderó de Manises, cayó por la espalda sobre Mislata, libertó á los italianos que sostenían el combate más penoso, les facilitó la ocupación de las posiciones disputadas, bajó después al Sur de Valencia, y terminó la embestida de la ciudad al acabar el mismo día. Durante este movimiento circular en torno de Valencia, el general Mahy á la cabeza de los *insurgentes* de Murcia y Villacampa con su división se retiraron sobre el Júcar y Alcira, no queriendo ser encerrados dentro de Valencia, y juzgando con razón que bastaba el general Blake para defenderla, si podía ser defendida, y que de quedarse, eran muchos para rendir las armas, si había de capitular al cabo. El general en jefe destacó á los dragones para perseguir á estas tropas que iban de retirada, mas sólo pudo quitarles algunos hombres y acelerar su fuga.

Esta operación ventajosamente ejecutada nos costó cerca de cuatrocientos hombres entre muertos y heridos, italianos la mayor parte, pues no hubo fuerte resistencia más que en Mislata, completaba la embestida de Valencia, y nos daba la seguridad de que, tomada la plaza, también cogéramos al general Blake con cerca de veinte mil hombres. Ciertamente si la población valenciana, que no ascendía á menos de sesenta mil almas, apoyada por veinte mil hombres de tropas regulares, con víveres y defensas numerosas y bien entendidas, estuviera aún animada por los sentimientos que la inflamaban en 1808 y en 1809, pudiera resistir largo tiempo y hacernos pagar su sumisión muy cara. Pero los hombres exaltados y sanguinarios, que habían degollado á los franceses en 1808, se habían calmado ó estaban dispersos ó atemorizados. Tres años de guerra civil y extranjera, de correrías lejanas, ya á Murcia, ya á Cataluña, habían fatigado á la población activa y ardiente y gastado sus pasiones. Valencia había llegado al mismo punto que Zaragoza, al mismo que otras partes de España. Con tal de que se desarmase á los que habían contraído el gusto y el hábito de las armas, ó las conservaban por amor al pillaje, cansados los demás de una tiranía insoportable y ejercida alternativamente por todos los partidos, se hallaban prontos á rendirse á un vencedor clemente, reputado por hombre de bien, y llevando, más bien que la esclavitud, el reposo. El recuerdo de las matanzas ejecutadas contra los franceses el año de 1808, que pudiera ser un motivo para resistir de muerte á un asaltador implacable, era por el contrario una razón para rendirse lo más pronto posible á un enemigo cuya blandura era notoria, y á quien no convenía obligar á mostrarse más severo de lo que estaba dispuesto á serlo.

Obrando estos sentimientos sobre el mismo ejército del general Blake, impedían que de ninguna parte naciese la resolución de destruir á Valencia, como fué destruída Zaragoza, antes de entregarla al enemigo. Informado el mariscal Suchet de esta disposición de los ánimos, quería apresurar los aproches lo más posible,